

## La pérdida del Sentido Común en Hannah Arendt

Pilar Pereila Martos. Universidad de Oporto

Para Hannah Arendt, la pérdida del sentido común se ha convertido en un factor predominante a partir de la época moderna. La modernidad se presenta como una época de crisis en la que el hombre descubre que los grandes pilares que sostenían su mundo y le otorgaban una cierta estabilidad estaban empezando a derrumbarse. Las grandes certezas que habían ido fraguándose durante el medievo se estaban viendo debilitadas por los descubrimientos de la nueva ciencia moderna. El hombre moderno encuentra ante sí un mundo desconocido y extraño, para el que los viejos valores han dejado de ser útiles. Por este motivo se produce un desajuste entre el hombre y el mundo, dejando éste de sentirse como en casa para pasar a sentirse un extraño. Se abre así una brecha entre el pensamiento y la acción, entre el pasado y el futuro, que desemboca en la retirada del hombre del mundo para refugiarse en su propia individualidad.

El uso que H. Arendt hace cuando habla de “sentido común”, corresponde a la definición que la autora hereda de nuestra tradición de pensamiento occidental, la cual resolvió definir —a partir de Santo Tomás— el *sensus communis* como una especie de “sexto sentido”, el primero de la sensibilidad interna, que necesitamos para coordinar a los otros cinco y que me garantiza que estoy viendo, tocando, oyendo, oliendo y degustando el mismo objeto<sup>1</sup>. Este sexto sentido se consolidaría como la única facultad humana que se extiende a todos los objetos de los cinco sentidos, pero a diferencia de ellos, éste no puede ser localizado en ningún órgano corporal, de ahí que su validez no sea otorgada tanto por su carácter objetivo como por su carácter común.

Hannah Arendt enriquece y amplía esta definición en el transcurso de su obra. Tanto en *la Vida del espíritu* como en *la Condición humana*<sup>2</sup> o en las *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*<sup>3</sup> (considerado por la autora como uno de los más grandes pensadores políticos de la modernidad, incluso aunque en su obra nunca desarrollase la política de un modo explícito.) Gran parte de sus aportaciones las debe a la relectura política que hace de la Crítica del Juicio kantiana.

Para H. Arendt, la existencia de este “sexto sentido” favorece nuestra mejor adaptación sensorial al mundo. Un mundo que nos pre-existe y que seguirá existiendo cuando nosotros ya no estemos. En este mundo habitan otros hombres, otros “yoes” con los que puedo compartir mis experiencias acerca del mundo que ambos habitamos. El sentido común me permitirá de esta forma moverme por el mundo, convirtiéndolo en un lugar más familiar y propio para todos.

Siguiendo la tesis de Peirce<sup>4</sup>, Arendt afirma que este sexto sentido se corresponde con la sensación de Realidad, del puro y simple estar ahí, pues “la realidad es aquello

<sup>1</sup> H. Arendt. *La Vida del Espíritu, el pensar la voluntad y el juicio en la filosofía y en la política*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1984. p. 67.

<sup>2</sup> H. Arendt. *La Condición Humana*. Barcelona: Paidós, 2002.

<sup>3</sup> H. Arendt. *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*. Barcelona: Paidós, 2003.

<sup>4</sup> H. Arendt. *La Vida del Espíritu*. p. 68.

que está ahí incluso aunque nunca podamos estar seguros de que la conocemos”<sup>5</sup>. El hecho de estar ahí significa para la autora, la posibilidad de ser visto y oído, significa que hay otros que ven y oyen lo que yo veo y oigo. Tener una apariencia es estar de algún modo destinado a mostrarse, a revelarse y del mismo modo, a exigir el reconocimiento del “otro”, que se presenta como una necesidad de realidad, porque la mirada que el otro me devuelve me confirma en mi realidad y en mi existencia.

El sentido común actúa como la referencia necesaria acerca de la realidad que se presenta a mis sentidos. La sensación de realidad está garantizada por la existencia de un contexto, el mundo, en el que los objetos y nosotros mismos aparecemos, otorgando una realidad común para todos los que habitan y aparecen en él. Por consiguiente, será entonces necesario pensar a partir del mundo, a partir del contexto en el que aparecemos y en el que nos insertamos, en la medida en que el pensamiento debe su existencia al mundo.

Si bien la actividad de pensar exige una cierta retirada del mundo, un cierto aislamiento, obligando al pensador a ausentarse temporalmente de él, del mismo modo debe éste volver posteriormente sobre el mundo, para comunicar sus reflexiones y compartirlas con los demás, porque una vida sin pensamiento no es vida, al igual que tampoco lo es un pensamiento totalmente desenraizado de la experiencia del mundo. Por eso es necesario que al pensar tengamos presentes a los otros, intentando de esta manera, conseguir un acercamiento entre pensamiento y acción, entre la filosofía y la política, ya que el hecho de poseer unos órganos de percepción y una apariencia exige un cierto grado de sociabilidad y de comunicabilidad con respecto a los otros hombres. Para que los hombres puedan comunicarse unos con otros debe existir un espacio creado *por y entre* ellos. Un espacio común en el que el hombre aparece públicamente ante los otros hombres, ante el mundo y ante sí mismo, la creación de una esfera pública donde los hombres puedan hablar y actuar, unos para los otros, afectándose e intercambiando un diálogo sobre el mundo y de esta forma otorgar un carácter común a la realidad. Actuar y hablar se convierten así en manifestaciones externas de la vida humana.

La Acción y el Discurso son considerados por la autora características muy relevantes para el desarrollo de la vida humana. Este interés queda manifestado en toda su obra pero es en *La Condición Humana* donde la autora mejor lo expresa dedicando para ello uno de sus capítulos. El uso que Arendt hace del término “acción” se corresponde con el *archein* griego que la autora quiere recuperar en su sentido originario de comenzar, conducir y gobernar. Si bien es cierto que este significado fue desapareciendo en el transcurso de nuestra tradición occidental, que desde Platón se caracterizó por intentar transformarlo en dos actividades diferentes: comenzar y gobernar. De esta manera, el filósofo podía liberarse del peso de la actividad política y retirarse a una vida contemplativa.

Con este uso del término “acción” H. Arendt quiere devolver a la política la dignidad perdida y ensalzar el carácter social de la existencia humana. La acción es la capacidad humana de trascender lo dado, de comenzar algo de nuevo; es por eso que se relaciona con la categoría de nacimiento que la autora recoge de San Agustín. Porque con cada acción se emprende algo de nuevo, se introducen novedades en el mundo aumentando, por consiguiente, sus posibilidades futuras.

<sup>5</sup> H. Arendt. *La Vida del Espíritu*, p. 68.

Por su parte el discurso se corresponde con la capacidad humana de la distinción, con la condición humana de la pluralidad, la posibilidad inherente a cada hombre de ser diferente entre iguales, lo que significa en palabras de la autora que nadie es igual a ningún otro que haya vivido, viva o vivirá.

El sentido común al preservar la esfera pública, la esfera de los asuntos humanos, permite que la acción y el discurso se desarrollen favoreciendo la existencia de un intercambio dialógico entre los hombres y el desarrollo de su capacidad de juzgar. Para Arendt la noción de juicio es de gran interés y de vital importancia ya que es gracias al juicio como podemos ejercer la función de nuestro pensamiento.

*El Juicio* hubiera constituido la tercera y última parte de su obra *La Vida del Espíritu*, pero tras su muerte en 1975 Hannah Arendt la dejó prácticamente sin comenzar. En su defecto, poseemos el material de los cursos y seminarios impartidos por la autora sobre la filosofía política de Kant<sup>6</sup>. Para Arendt, el juicio viene a abrir la posibilidad de un espacio en donde la comunicabilidad se convierte en el factor más importante. Esta apertura del hombre a los hombres y en definitiva al mundo es la que permite que se desvele su carácter humano. Siguiendo a Kant, la autora sostiene que la humanidad se adquiere a través del discurso filantrópico, por nuestro carácter social, porque la humanidad sólo tiene sentido cuando los hombres se comunican y colaboran juntos. La facultad de juzgar nos permite reconciliarnos con el mundo, porque al juzgar reconciliamos pasado y futuro, nos reconciliamos con la realidad.

La pérdida del sentido común nos impide juzgar, disuelve el mundo y hace que se desvanezca. Hannah Arendt acusa a la tradición de pensamiento occidental por la progresiva pérdida de sentido ocasionada por el olvido de la acción. Los filósofos, al olvidarse de la acción, han permitido la retirada del pensamiento del mundo iniciando un proceso de alienación del hombre con respecto a sí mismo, al mundo y a los otros hombres. Esta huída del pensamiento se ha afirmado con mayor fuerza en las épocas de crisis que se han ido sucediendo tras la modernidad. La falta de referencias para juzgar los nuevos acontecimientos que se presentan al hombre moderno han hecho que este se encierre cada vez más en su propia individualidad, distanciándose del mundo y de todo lo que una vida humana conlleva. Para Arendt, el sentido común es lo único que puede evitar que “quedemos encerrados en nuestra propia particularidad de datos sensibles que en sí mismo son inestables y traicioneros”<sup>7</sup>.

La retirada del hombre del mundo se produce por el miedo que surge ante las potencialidades de la acción, el poder que ésta posee, que no es otro que el de comenzar y emprender nuevos procesos cuyos resultados son imprevisibles debido a la espontaneidad y al carácter plural del hombre. La modernidad, al intentar mantener el dominio sobre la realidad, ha intentado eliminar la pluralidad, pero de esta manera se acaba también con la espontaneidad, constituyendo para Arendt el gran error tanto del pensamiento político como de la metafísica moderna.

Ante este nuevo mundo sobre el que no podemos ejercer control ni previsión, el hombre moderno consideró que de lo único que podía estar seguro, de lo único que

<sup>6</sup> Su amiga Mary McCarthy fue la encargada de organizar y editar este material. Al segundo volumen de la obra *La vida del espíritu* se le añadió un apéndice, “El Juicio” que recoge parte de sus notas para el seminario sobre la filosofía política de Kant que la autora impartió en 1970 en la New School for Social Research neoyorquina y que con anterioridad había presentado en la Universidad de Chicago. Finalmente se publicó en 1982 por la Universidad de Chicago bajo el título de *Lectures on Kant's philosophy*.

<sup>7</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. Madrid: Taurus, Madrid, 1999. p. 576.

podía tener una consciencia clara era de lo que él mismo había hecho, devolviendo de esta manera una cierta estabilidad al mundo. La modernidad inaugura de esta forma un nuevo mundo creado por el hombre y cuyo sentido está basado en una “lógica coactiva que surge de nuestro propio temor a contradecirnos”<sup>8</sup>. Esta autoacción del pensamiento arruina todas las relaciones con la realidad perdiendo los hombres la capacidad tanto para la experiencia como para el pensamiento.

Si el pensamiento, el hombre queda totalmente desenraizado del mundo, este desenraizamiento significa para Arendt no tener en el mundo un lugar reconocido y garantizado por los demás. Se ausenta el contexto propio –el espacio– donde la comprensión y el juicio deberían aparecer, quedando los hombres sometidos al poder de una razón alienante que los convierte en seres superfluos debido a la pérdida de la referencia externa que nos otorgan los demás. “Ser superfluo significa no pertenecer en absoluto al mundo”<sup>9</sup>.

En *Los Orígenes del Totalitarismo*, Arendt analiza las consecuencias de las políticas totalitarias, el modo en que éstas llevan a cabo la eliminación de la base de la realidad fáctica a través de la construcción de un mundo totalmente distinto a partir de elementos de otras ideologías ya existentes. En el caso del régimen nazi, se llegaron incluso a crear diferentes departamentos, todos ficticios, de educación, de cultura, deportes... con el único fin de consolidar la realidad de este mundo aparentemente perfecto, “en donde cada realidad del mundo no-totalitario era servilmente duplicada de forma fraudulenta”<sup>10</sup>.

Los miembros de la elite del partido eran instruidos precisamente de manera que no pudiesen distinguir la realidad de la ficción; su instrucción estaba encaminada a abolir su capacidad para distinguir entre la verdad y la falsedad, evitando de esta manera su posible oposición. A diferencia de las masas que necesitaban un motivo para reconocer que los judíos eran inferiores, los hombres de la elite comprendían que la declaración “todos los judíos son inferiores” significa “todos los judíos deben ser asesinados”<sup>11</sup>. Los hombres de la elite no se detienen a pensar nunca como es realmente el mundo, se limitan simplemente a actuar según se les ha ordenado sin poner en causa la autoridad de sus superiores, nunca comparan la mentira con la verdad. Ya que la estabilidad que les otorga el régimen, aun siendo ficticia, es preferida, pues se está más seguro como miembro que como adversario.

Lo que pretenden los totalitarismos es colocarse siempre contra la realidad, contra el mundo y contra los propios hombres obligando a la dimisión de la subjetividad individual e impidiéndoles pensar y abrirse a la realidad a través de la experiencia. El régimen intenta impedir por todos los medios la restauración del estado de normalidad, ya que se aprovecha precisamente de las situaciones de crisis o de desestabilidad en la que los hombres son más vulnerables y susceptibles y de caer en sus redes. Los totalitarismos destruyen el espacio público sin el cual el hombre perdería todas sus libertades y su capacidad para actuar, “reemplaza las fronteras y los canales de comunicación entre los individuos con un anillo de hierro que los mantiene tan

<sup>8</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 573.

<sup>9</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 573.

<sup>10</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 458.

<sup>11</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 473.

estrechamente unidos como si su pluralidad se hubiese fundido en un hombre de dimensiones gigantescas (...) destruyendo la libertad y el espacio entre ellos”<sup>12</sup>.

Frente a esta especie de supersentido ideológico, el sentido común carece de defensas, puesto que la restauración del sentido se hace casi imposible en el mundo ficticio y carente de sentido que instauran los regímenes totalitarios. El desprecio que sienten por la realidad existente es lo que les lleva a cambiar el mundo. La supervivencia de este “supersentido” se logra “destruyendo la dignidad humana que implica el reconocimiento de mis semejantes o de las naciones semejantes a la mía, como constitución de un mundo o como codificación de un mundo común”<sup>13</sup>.

Los campos de concentración nazi no sólo eran concebidos para exterminar a las personas y degradar a los seres humanos, sino también para servir a los fantásticos experimentos de exterminar bajo condiciones científicamente controladas, eliminando la espontaneidad como expresión del comportamiento humano e intentando transformar a la persona humana en una simple cosa. Bajo circunstancias normales esto no podría haberse llevado a cabo, porque la espontaneidad no puede ser totalmente eliminada en el hombre, pues no sólo está conectada con la libertad humana, sino con la vida misma, en el sentido de estar uno simplemente vivo<sup>14</sup>.

Sólo en los campos de concentración es posible llevar a cabo este experimento, porque en ellos la dominación es total. El principal objetivo de los campos de concentración será por tanto proceder a la eliminación de la pluralidad y la espontaneidad humana. Los hombres destinados a los campos de concentración han perdido cualquier tipo de poder sobre su propia acción se encuentran aislados, desterrados del mundo de los vivos, como si nunca hubiesen existido.

No existen paralelos para los campos de concentración, su horror nunca puede ser abarcado completamente por la imaginación por la simple razón de que permanecen al margen de la vida y de la muerte<sup>15</sup>.

Arrancan a los hombres del mundo en el que viven en comunidad, con los otros hombres aprovechando que se encuentran en situaciones críticas en situaciones en las que el sentido común se ve alterado para así poder manipularlos mejor, tratándolos como si no pasasen de simples títeres. Los campos de concentración se convirtieron en fábricas de muerte que, a través de diferentes procesos, iban degradando al hombre hasta convertirlo en un muerto viviente. Los hombres dejaron de ser considerados seres humanos para pasar a ser considerados como una especie de parásitos a los cuales era necesario exterminar. “La experiencia de los campos de concentración muestra que los seres humanos pueden ser transformados en especímenes del animal humano y que la “naturaleza” del hombre es solamente “humana” en tanto que abre al hombre la posibilidad de convertirse en algo altamente innatural, es decir, en un humano”<sup>16</sup>.

---

<sup>12</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p.565.

<sup>13</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 556.

<sup>14</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 533.

<sup>15</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 539.

<sup>16</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 552.

Para comenzar es de resaltar la manera en que eran trasladados para los campos, arrojados a los vagones del tren como si se tratase de simple ganado camino del matadero, “en una igualdad monstruosa, sin fraternidad ni humanidad, una igualdad que podría haber sido compartida con perros y gatos”<sup>17</sup>. Este era sólo el primer paso en una cadena de humillaciones y degradaciones que acabaría con la creación de cadáveres vivos carentes de cualquier rastro de humanidad. La dominación total se conseguía a través de varias fases en las cuales se va deteriorando y debilitando cada vez más al hombre hasta conseguir su desintegración total. “La dominación completa se consumaba cuando la persona humana, que es siempre una mezcla particular de espontaneidad y condicionamiento, es transformada en un ser enteramente condicionados cuyas reacciones se pueden calcular aun cuando está a ser conducido a una muerte cierta”<sup>18</sup>.

En primer lugar se procedía a la eliminación en el hombre de la persona jurídica mediante la abolición de todos sus derechos. Colocan a los hombres fuera de la ley, los desnacionalizan obligando al mismo tiempo a los países no-totalitarios a reconocer esta ilegalidad. Las personas más indicadas para llevar a la práctica este tipo de procedimientos eran los inocentes, los que no habían cometido ningún delito, aquellos cuyas acciones y palabras no podían constituir un motivo para su detención, porque los criminales sabían por qué estaban allí y eso les mantenía de alguna forma en contacto con la realidad, asumiendo la dirección de los campos; pero sin embargo aquellos que no habían hecho nada, los inocentes, eran más fáciles de dominar, pues habían perdido cualquier tipo de referencia acerca de la realidad y del mundo.

La destrucción de todos los derechos y la muerte de la persona jurídica en el hombre, constituían sólo el primer paso en la carrera por la dominación total. El siguiente paso sería la eliminación de la persona moral, para lo que cortaban todos los lazos entre los hombres, separándolos del resto del mundo, “a partir del momento en que un individuo era detenido, se consideraba que nadie más en el exterior volvería a oír hablar de él”<sup>19</sup>. Corrompían la solidaridad humana obligando a los hombres a mandar a la muerte a sus familiares y amigos. Privaban a la vida humana de su significado social a través de la imposición del olvido y la prohibición del dolor y del recuerdo. De esta forma le es arrebatada al hombre incluso su propia muerte, ya que al eliminar la memoria —que es la garantía de preexistencia de un mundo común— la muerte se vuelve anónima.

Al perder nuestra referencia sobre el mundo común perdemos nuestra herramienta para movernos en él, y ya no habrá nada que compartir ni que comunicar. Con la desaparición del mundo común, y una vez eliminada la persona moral y jurídica, en el hombre, poco resta para convertirlos en “cadáveres vivos”. Finalmente se procede a la eliminación de su persona como identidad única. Con la destrucción de la identidad se destruye la espontaneidad en el hombre, eliminando su capacidad para comenzar algo nuevo a partir de sus propios recursos<sup>20</sup>, por lo que queda a merced de lo que quieran hacer con él, pues ya no es dueño ni de sus actos ni de sus palabras, si es que aún llega a pronunciarlas. El hombre renuncia a sí mismo negando su propia identidad.

<sup>17</sup> H. Arendt. “A imagem do inferno”. En *Compreensão e política e outros ensaios*. Lisboa: Relógio D’água, 2001. p. 117.

<sup>18</sup> H. Arendt. “As técnicas da ciência social e o estudo dos campos de concentração”. En *Compreensão e política e outros ensaios*. Lisboa: Relógio D’água, 2001. p. 157.

<sup>19</sup> H. Arendt. “As técnicas da ciência social e o estudo dos campos de concentração”. p. 156.

<sup>20</sup> H. Arendt, *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 552.

El poder total no puede ser alcanzado y preservado sino en un mundo de reflejos condicionados, de marionetas que no presentan la mínima señal de espontaneidad<sup>21</sup>.

Pero no sólo fueron los internados en los campos de concentración los únicos sometidos a esta deshumanización, el horror que impone el totalitarismo es que nadie está a salvo porque es un ataque contra el propio concepto de ser humano. Prueba de ello es la insistencia con la que el régimen nazi trataba de eliminar cualquier muestra de humanidad entre sus hombres, eliminando de los exterminios cualquier resto de emoción y manteniendo la crueldad al mínimo grado. Los hombres de las SS eran fríos e inhumanos lo que llevaba a destruir no sólo al hombre, sino el propio carácter de la muerte, como si ésta no representase el fin de una vida. “La diferencia con un asesino es que este deja un cuerpo tras de sí, destruye una vida pero no destruye el hecho de la existencia”<sup>22</sup>.

El régimen nazi convertía a los hombres en seres superfluos incapaces de comparecerse o de ponerse en el lugar del otro. “El mal radical ha emergido en relación con este sistema en el que todos los hombres se han tornado igualmente superfluos. Los manipuladores de este sistema creen en su propia superfluidad tanto como en los demás”<sup>23</sup>. Arendt fue testigo de esta superfluidad cuando en 1961 asistió al juicio de Eichmann publicando con posterioridad su libro *Eichmann en Jerusalén*<sup>24</sup> para la revista *New Yorker*. Arendt refiere aquí la imposibilidad presentada por Eichmann tanto para hablar como para pensar desde el punto de vista de otra persona.

No era posible establecer comunicación con él, no porque mintiera, sino porque estaba rodeado por la más segura de todas las protecciones contra las palabras y la presencia de otros, por ende contra la realidad como tal<sup>25</sup>.

(...) perseveraba en no abandonar nunca un estado de ánimo y sus correspondientes frases una vez por todas, cuando eran incompatibles con una nueva época que requería distintos estados de ánimo y diferentes frases estimulante<sup>26</sup>.

(...) los actos eran monstruosos, pero el responsable era absolutamente vulgar (...) la única característica notable (...) era de naturaleza enteramente negativa: no era estupidez, sino falta de reflexión<sup>27</sup>.

Los totalitarismos constituyen para Arendt, la prueba viva del poder deshumanizador del hombre que ha conseguido traspasar su propia humanidad. Esta deshumanización se ha llevado a cabo a través de la materialización de un mundo ficticio que pretende sustituir el mundo real, una vez que este se ha convertido en un lugar extraño e inhóspito para el hombre. El mundo que crean los totalitarismos es un mundo irreal del cual ha desaparecido cualquier rastro de humanidad, otorgando al hombre la estabilidad y seguridad que ningún mundo humano puede garantizar. Pretenden eliminar el carácter plural del mundo así como la espontaneidad e

<sup>21</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 554.

<sup>22</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 538.

<sup>23</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 557.

<sup>24</sup> H. Arendt. *Eichmann en Jerusalén, un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen, 1999.

<sup>25</sup> H. Arendt. *Eichmann en Jerusalén*, p. 80.

<sup>26</sup> H. Arendt. *Eichmann en Jerusalén*, p. 98.

<sup>27</sup> H. Arendt. *La vida del espíritu*. p. 14.

imprevisibilidad inherente a la acción humana en la medida en que ésta constituye un riesgo para la supervivencia de este mundo perfectamente creado.

Al alterar la realidad fáctica, el sentido común también queda alterado ya que este conforma la base de nuestra realidad y nos permite vivir como humanos compartiendo el mundo con los otros hombres. Al destruir la pluralidad, nuestra existencia queda abocada a una eterna repetición de lo mismo. Condenados a la eterna unidad que convertirá nuestra existencia en una existencia superflua caracterizada por la previsibilidad de nuestras acciones y palabras e imposibilitando la existencia de un mundo común entre los hombres. La pérdida del sentido común encierra uno de los mayores riesgos posibles para la época moderna, es decir, la desaparición del hombre y de la humanidad en su conjunto acaba con el mundo humano y hace surgir un mundo de realidades aparentes que en nada tiene que ver con la realidad del mundo que existe. Al alterar la realidad perdemos nuestra propia referencia y nos alejamos cada vez más del mundo, de nosotros y de los otros hombres condenándonos a vagar por el mundo como muertos vivientes.

El infierno totalitario demuestra sólo que el poder del hombre puede hacer realidad diabólicas fantasías sin que el cielo se caiga o la tierra se abra<sup>28</sup>.

Pilar Pereila Martos  
Dpto. de Filosofía  
Faculdade da Letras  
Universidade do Porto  
Via Panoramica s/n  
4150-564 Porto  
pipereilama@hotmail.com

---

<sup>28</sup> H. Arendt. *Los orígenes del Totalitarismo*. p. 552.